

AUTORREFLEXIÓN Y COMPRENSIÓN DEL OTRO DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ÉTICA EVOLUCIONARIA

María Celina Lacunza

UNLP

En las dos últimas décadas algunos científicos sociales han comenzado a analizar las prácticas y conductas desde el marco que proponen la biología evolucionaria y la psicología cognitiva apoyando la tesis de la continuidad evolutiva de los procesos mentales. Leda Cosmides y John Tooby, por ejemplo, sostienen que esta línea de investigación permitirá integrar las ciencias biológicas y las sociales en una cooperación más eficiente que la tradicional división entre estas ciencias. Desde esta posición, se entiende la conducta humana como un fenómeno que ocurre a partir de la actividad de un cerebro cuya función es la regulación adaptativa de la conducta y la fisiología sobre la base de la información derivada del cuerpo y de su entorno. Esta función resulta de la interacción entre una base neurofisiológica y mecanismos mentales de procesamiento de la información. Ambos campos no son entendidos como idénticos sino como complementarios aunque sometidos a procesos evolutivos comunes. Los neurofisiólogos describen la actividad cerebral como la interacción de neuronas, hormonas y neurotransmisores, desde una perspectiva física. En cambio, los psicólogos cognitivos estudian el cerebro como un sistema de procesamiento de la información para describir eventos como el razonamiento, la motivación, las emociones o el control motor. Si bien aún no está exhaustivamente investigada la relación entre los procesos psíquicos y los neuronales, algunas situaciones dan cuenta de la complementariedad de ambos planos, por ejemplo, la ocurrencia de lesiones o patologías a nivel neocortical que afectan ciertas funciones de orden superior como la percepción o el lenguaje.

Cosmides y Tooby sostienen que estos mecanismos mentales de procesamiento de la información son de *dominio-específico*: no procesan información en forma general sino para categorías específicas tanto del mundo físico como del mundo social. Se trataría de módulos cognitivos innatos evolucionados filogenéticamente. Estos módulos estarían formados por ciertas creencias básicas acerca de propiedades de clases muy generales de objetos denominadas "ontologías intuitivas" que permitirían explicar el reconocimiento de las mismas a edades muy tempranas. Por ejemplo, la clase de los

artefactos o los seres vivos. Estas ontologías intuitivas habrían surgido como respuestas específicas a desafíos del ambiente a lo largo de la evolución de la especie humana. Este origen particular e idiosincrásico, al igual que las azarosas mutaciones genéticas, se habría conservado en virtud del principio de selección natural según el cual las modificaciones emergentes que favorecen las funciones adaptativas y reproductivas permanecerán. Estos dominios tendrían un carácter universal.

Un desarrollo interesante desde este marco de referencia se aprecia en la teoría de los cuatro modelos sociales de Alan Fiske. Apoyándose en una importante investigación empírica a partir de estudios comparativos en antropología cultural e integrando en el análisis y la interpretación de estos datos, aportes de la psicología cognitiva, la biología evolutiva y la matemática; Fiske llega a la conclusión que es posible distinguir cuatro estructuras o modelos básicos de relaciones sociales que emergen a edades muy tempranas a partir de los cuales los seres humanos construimos, comprendemos, respondemos, evaluamos y coordinamos nuestras relaciones sociales. A estos cuatro tipos de relaciones sociales posibles los denomina “Comunal Sharing”, “Authority Ranking”, “Equality Matching” y “Market Pricing”. Los traduciremos como “Comunidad”, “Autoridad”, “Igualdad”, y “Mercado”. Descriptos brevemente, en el modelo de “Comunidad” las relaciones sociales expresan una fuerte identidad de grupo y un sentido de pertenencia que limita la expresión de la individualidad o las diferencias. Las decisiones se toman por consenso unánime y predomina la actitud de cooperación y la solidaridad. En el modelo de “Autoridad”, las personas se vinculan entre sí a partir del reconocimiento y el respeto por un grupo o un individuo que es quien toma las decisiones. Este respeto puede estar basado en la idoneidad, el origen o el temor. La asimetría de las relaciones se acepta como justa y las actitudes que predominan son el respeto, la lealtad, la obediencia. En el modelo de “Igualdad”, los individuos aceptan que no son iguales en sentido estricto sino en algunas propiedades o bienes a los que tienen un derecho a acceder todos por igual. Las relaciones son simétricas. Las decisiones se toman por voto o consenso mayoritario. Predomina la reciprocidad y la justicia en el sentido de darle a cada uno lo que le pertenece. Estos tres modelos habían sido descriptos por sociólogos anteriores como E. Durkheim, Max Weber y Piaget. Lo novedoso es la descripción del cuarto modelo, el de “Mercado”. En éste, las personas se conciben esencialmente como desiguales y con posiciones diferentes dentro de su grupo social. Consideran que cada uno debe tomar y evaluar lo que se le ofrece según sus deseos y posibilidades de acceso. Las relaciones sociales que se plantean no son

recíprocas sino de interés mutuo como las que ocurren entre cliente y comprador. Se valora la libertad entendida como no interferencia, el mérito y la competencia. Estos modelos tendrían un carácter cognitivo y normativo. Desde un punto de vista cognitivo, serían marcos de referencia innatos a partir de los cuales comprendemos y predecimos las relaciones humanas, su ontogénesis estaría ligada no a los procesos de socialización estrictamente sino al desarrollo de capacidades vinculadas a relaciones de orden matemático como la correspondencia uno a uno, las relaciones simétricas, ordinales y de proporcionalidad. Su carácter normativo estaría dado por la generación de reglas particulares, la expectativa respecto al comportamiento de las personas implicadas e ideales de índole moral. Según Fiske, estos modelos básicos se ligan e interactúan mutuamente dando lugar a distintos fenómenos culturales e institucionales. Fiske compara su tesis con la teoría de la gramática generativa a partir de la cual se puede fundar un número infinito de nuevos pero comprensibles enunciados.

En la misma línea que Fiske pero centrándose en los aspectos internos de la acción humana, el psicólogo y sociólogo Nicholas Humphrey¹ desarrolla un análisis de la autoconciencia como fenómeno psíquico fundante de las relaciones sociales humanas. Humphrey parte de ciertas premisas que aporta la biología evolucionaria y la psicología cognitiva: los seres humanos compartimos un cerebro básicamente similar, a cierta edad desarrollamos la capacidad de percibir y dar un significado a ciertos fenómenos mentales como una experiencia holística cuyo centro es la apercepción y que denominamos "autoconciencia", poseemos una disposición positiva hacia la sociabilidad. Todas estas disponibilidades conforman el marco en el se explica la evolución cultural. "La teoría de Darwin sobre la evolución orgánica me proporcionó una forma de observar el mundo que no podía dejar de lado, ...siempre que encontramos algo en la naturaleza que es bello, bien pensado, aparentemente diseñado para un propósito cabe suponer que detrás se encuentra el lento y vacilante proceso de la selección natural...mi problema era: ... ¿ para que ha evolucionado la mente? ¿ Para qué sirve la mente?"²

Humphrey propone la hipótesis de que lo que nos caracteriza básicamente como seres humanos es la capacidad de ser *psicólogos naturales*, la capacidad de hacer conjeturas sobre la mente de los demás a partir del conocimiento de nuestros propios

¹ HUMPHREY, Nicholas, *La mirada interior*, M. Victoria Laa Velayos, Alianza Editorial, Madrid, 1993-1986. En adelante: MI

² op. cit. 33

estados mentales: “lo que yo veo es su cara, lo que averiguo son sus sentimientos internos...El don universal de la comprensión conciente es el que quiero entender”.³

Para Humphey, los seres humanos, al igual que otros mamíferos superiores, no pueden sobrevivir sin un núcleo social que los contenga, los asista y le transmita los conocimientos básicos para su conservación. Esta necesidad requiere de habilidades importantes para la comunicación articuladas por dos capacidades primarias: la capacidad instrospectiva y la imaginación creativa. Ambas nos posibilitan la comprensión de los demás. Humphey se opone a la corriente de la psicología conductista iniciada por James Watson y F. Skinner según la cual los fenómenos mentales se reducen a respuestas físicas frente a estímulos del ambiente pretendiendo superar el dualismo que conlleva hablar en términos de percepciones, deseos, pensamientos y emociones.

La capacidad instrospectiva es la posibilidad de percibir nuestros propios estados mentales. Humphey ilustra este concepto con la metáfora del ojo o la mirada interior: “es como si yo, igual que cualquier otro ser humano, poseyera una especie de “ojo interior” que mira dentro de mi cerebro y me dice cómo y porqué actúo de este modo, proporcionándome lo que viene a ser una guía completa de mi propia mente.”⁴ Este acceso privilegiado a nuestros estados mentales nos permite ir construyendo un modelo conceptual de la mente que nos servirá como herramienta metodológica para comprender el comportamiento de los demás.

“Cuando observamos el comportamiento de nuestros congéneres... lo que vemos detrás...es una estructura causal más profunda, la presencia oculta de planes, intenciones, emociones, recuerdos, etc...y partiendo de esta base, podemos tratar de comprender lo que hacen los demás. En una palabra, tenemos una imagen, una especie de modelo conceptual de la mente humana...”⁵ ¿Cuál es el origen de nuestro modelo?. La respuesta es que, una vez que los seres humanos desarrollan su mirada interior, el modelo puede estar basado directamente en sí mismos.”⁶

Esta afirmación supone al menos la similitud de las mentes. Esta conjetura no puede ser abordada con argumentos puramente especulativos. En este punto, Humphey apela a la biología evolucionaria: los principios estructurales y estructurantes de las experiencias mentales están en el cerebro. Es un hecho que los seres humanos

³ op. cit. 30

⁴ op. cit. 70

⁵ op. cit.67

⁶ op. cit. 74

comparten un mapa genético. Sobre este cerebro se manifiesta un “yo” que se distingue del de los demás pero no por diferencias que impidan la comunicación. La similitud de las mentes es, desde la perspectiva evolucionista, una condición sobre la cual hemos podido desplegar una estrategia adaptativa: planificar nuestras propias acciones en función a lo que intuimos son los planes y sentimientos de los demás. “Imaginemos los beneficios biológicos que debió obtener el primero de nuestros ancestros que desarrolló la capacidad de hacer conjeturas realistas acerca de la vida interior de sus rivales: ser capaz de hacer un retrato de lo que el otro pensaba, y planear qué hacer en consecuencia, ser capaz de leer la mente de los demás leyendo la suya propia. Se abría un camino de un nuevo modo de relación entre los seres humanos: simpatía, compasión, confianza, engaño, traición, es decir, lo que realmente nos hace humanos.”⁷ Las investigaciones en psicología de la infancia, distinguen en niños muy pequeños algunas conductas que parecen reflejar la aparición de la autoconciencia y, consecuentemente, el reconocimiento de los otros como iguales. Por ejemplo, es sabido que los bebés recién se reconocen a sí mismos en un espejo a partir de los trece o catorce meses, que hasta los dos años se refieren a sí mismos en tercera persona. La incorporación al lenguaje de la primera y la segunda persona parece ser la puerta de acceso a la comprensión de los estados interiores. Humphrey asigna al fenómeno de la *empatía*⁸ infantil la función de mediar entre la percepción de los comportamientos externos en los demás y el registro de los estados mentales propios. La empatía es un fenómeno por el cual los niños al imitar el comportamiento de los demás en un plano físico perciben los propios estados mentales interiores correspondientes a esos estados físicos. Esta imitación tiene un carácter casi físico, análogo a un “contagio”: un niño ve llorar a otro y sus ojos se llenan de lágrimas, su cara adopta los rasgos faciales de un ser que está triste. Este evento físico provoca internamente el estado emocional de tristeza. A partir de esta experiencia, el niño descubre lo que le pasa al otro para poder planificar qué hará en consecuencia. La empatía es el primer instrumento de conocimiento mental. Sin embargo, acceder a la madurez psicológica y al conocimiento de la complejidad de los sentimientos y actitudes humanas requerirá de muchas fuentes de conocimiento y tácticas de búsqueda. La propia experiencia sólo es un camino dado que por nosotros mismos sólo podemos tener un registro limitado de sensaciones humanas como el padecimiento del dolor, el hambre, el

⁷ op. cit.77

⁸ “Empatía significa sentir simultáneamente con los demás: no sólo imaginar el estado mental de otra persona sino experimentar ese mismo sentimiento en nosotros mismos y en el mismo momento (ver a alguien angustiado y que acudan las lágrimas a nuestros ojos; oír sus risas y encontrarnos sonriendo con ellos) MI, pág. 98

frío, la soledad, la amistad o el sentirse protegido por los padres aunque quizás no podamos saber, por este medio, de que se trata la traición o la muerte de un hijo. La riqueza de nuestro modelo mental dependerá de la variedad de sensaciones y experiencias humanas que podamos incorporar. Según Humprhey existen fuentes “naturales” de estos saberes como las primeras experiencias de nutrición y protección infantil y los sueños⁹. También existen fuentes “culturales” y, por lo mismo, eventuales y contingentes, como la experiencia vivida en un contexto familiar, el acceso a la lectura de cuentos y novelas, el juego con otros niños, las películas, las simulaciones, la participación como espectador o actor teatral, todo esto contribuye a enriquecer el conocimiento acerca de nosotros mismos como seres humanos conformando la capacidad auto reflexiva y de orientación hacia los demás.

Del mismo modo, un ámbito cultural alienante también puede destruir el sentido de “yo” de un ser humano, puede inhibir su concepto de un “tú” y atrofiar la capacidad de alguien para sentir afecto o comunicarse con otro en un diálogo. Hacia el final de su obra, Humprhey relata la estrategia de entrenamiento de los soldados americanos encargados de operaciones altamente riesgosas y homicidas: El entrenamiento básico practicado en el Ejército...está diseñado ex profeso para deteriorar y destruir el sentido del “yo” de un recluta. Según el testimonio de un observador: “las primeras semanas de entrenamiento se caracterizan por el abuso tanto físico como verbal, la humillación y el constante desprecio y descrédito por todo lo que le distinga como individuo”¹⁰

Esto significa que este individuo perderá su punto de referencia desde el cual imaginarse el yo de los demás. Los otros dejan de ser un “tú” para convertirse en seres diferentes, inferiores y particularmente dañinos y peligrosos como insectos a los que se desea exterminar: los otros son “hienas”, “ratas”, “cucarachas”, “cerdos”. “Así, la víctima es asesinada en la mente del soldado incluso antes de asesinarla con su pistola”¹¹

La destrucción psicológica de la propia identidad socavará conjuntamente la capacidad de deliberación y decisión de un sujeto “la obediencia que les inculcan en la preparación les lleva, efectivamente a depender de los deseos de otras personas y aceptarlos con confianza. Renuncian a la responsabilidad sobre...las consecuencias de sus propios actos, y ésta se encuentra habitualmente en manos de sus superiores”¹² Otra

⁹ op. cit. 117-118

¹⁰ MI, pág. 155

¹¹ MI, pág. 159

¹² MI, pág. 156

de las técnicas constituye la sustitución en uso del lenguaje de los términos que puedan tener un significado emotivo: “muerte” o “asesinato” se reemplazarán por “solución o un destino final”¹³, las matanzas masivas serán una “Tormenta del desierto”, las personas comunes y sus casas serán “blancos civiles”.

En la perspectiva de Humphey, al igual que en la de los otros autores que he considerado brevemente, está implicada la creencia que la evolución cultural y moral se asienta en disposiciones biológicas y mentales universales que imponen restricciones pero no determinan absolutamente la transformación en la que interviene la elección y la conciencia de las personas.

La hipótesis de la existencia de módulos cognitivos restringiría las posibles formas de relaciones culturales y sociales aportando la posibilidad de comprender las distintas instituciones surgidas históricamente en una sociedad particular, desde ciertas categorías e intuiciones universales permitiendo un diálogo esclarecedor entre las distintas tradiciones. Se abre un camino a la investigación ética en la posibilidad de descubrir, apoyándose en las herramientas metodológicas de la psicología cognitiva y la antropología, esas intuiciones morales comunes. Sin embargo, sería reduccionista y simplista creer que estas intuiciones nos darán el contenido de los principios o normas morales como herramientas eficaces en la evaluación moral de las instituciones sociales. La deliberación individual y pública seguirá siendo una herramienta eficaz para conocer las creencias y preferencias, modificar las mismas y modelar el carácter y las actitudes. Asimismo, el desarrollo de la autorreflexión es una condición necesaria para comprender y reconocer a otro como a un igual aunque no todas las relaciones sociales presupongan la igualdad. En conclusión, la evolución cultural y moral es un proceso complejo en el que intervienen y se integran al menos cuatro fuentes: las restricciones impuestas por la conformación evolutiva de nuestra mente, la tradición cultural en la que nacemos, el desarrollo de la autorreflexión y el conocimiento de sí, los procesos públicos de racionalidad práctica. Privilegiar sólo uno de estos aspectos en la determinación de principios y normas morales conllevaría el riesgo de incurrir en distintos tipos de falacias o posiciones intelectuales que consideramos empobrecidas: el reduccionismo o la falacia naturalista, el relativismo, o la falacia moralista.¹⁴

¹³ MI, pág. 158-159

¹⁴ BERTOMEU, M.J. Y MUNDO, J. *“Problemas filosóficos y metodológicos del enfoque cognitivo-evolucionario en filosofía moral”* UNLP 2001 pág. 17

Bibliografía:

BERTOMEU, M.J. Y MUNDO, J. “*Problemas filosóficos y metodológicos del enfoque cognitivo-evolucionario en filosofía moral*” UNLP 2001

COSMIDES L. Y TOOBY J. (1994), “Origins Of domain –specificity: The evolution of functional organization” en Hirschfield, L.A. y Gelman, S. A., *Mapping the Mind*, Cambridge, MA: Cambridge University Press, pp. 85-116

ECCLES, John (1992), *La evolución del cerebro: creación de la conciencia*, Francisco Rubia Vila, Barcelona: Labor

FISKE, A (1991), *Structures of Social Life. The Four Elementary Forms of Human Relations*”, New York: The Free Press

HUMPHREY, Nicholas (1986-1993), *La mirada interior*, M. Victoria Laa Velayos, Alianza Editorial, Madrid, MI

MOORE, G., *Principia Ethica*, cap. : “*La ética naturalista*” 1903

SEARLE, j. *The construction of Social Reality*, London: Penguin Books, 1995

Título original: *Evolution of the Brain: Creation of the Self* .